

Los trapos sucios se lavan en casa, pero...
¿quién los lava?



AB¹⁵

Mujeres
con Voz

Responsable de la edición: Norma Vázquez

Realización de entrevistas: Luciana Davies e Izaro López de la Calle

Transcripción de entrevistas: América Bustillo e Izaro López de la Calle

Diseño gráfico e ilustraciones: Amaia Ballesteros. www.amaiaballesteros.com

Imprime: Sprint Digital, S.L.

Gracias a Mujeres del Mundo y Miriam Herbón por la tarea de buscar y encontrar a mujeres dispuestas a contar sus historias.

El apoyo económico de Fondo de Mujeres Calala, Mediterranean Women's Fund, Ayuntamiento de Getxo, Emakunde y Diputación Foral de Bizkaia nos ha permitido realizar este proyecto.

Los trapos sucios se lavan en casa pero...
¿quién los lava?

El proyecto de migrar para muchas mujeres, por lo menos para las que nos cuentan en estas páginas sus historias, nunca tiene una sola razón: el deseo de mejorar, de romper con el control de la familia, de buscar nuevas experiencias, de encontrar mejores condiciones de vida, de ganarse la vida y otras más, y a veces más de una, están presentes en su decisión de migrar; pero, dejar la familia, las hijas e hijos en el país de origen es mucho más fácil de pensar que de vivir.

Ocho historias. Ocho mujeres que nos cuentan lo que esperaban encontrarse y lo que se encontraron en el País Vasco. Para algunas, primer lugar de destino; para otras, un lugar más donde probar suerte; las hay que llegaron sin buscarlo, sin saber nada de él. Lo que sí parece común es que lo que se encontraron pocas veces coincide con sus expectativas.

Ocho mujeres que encuentran un entorno laboral difícil, en el que tienen que abrirse camino a brazo partido, sin descanso, en un ir y venir constante buscándose la vida. Camino que resulta cansado, muy cansado para algunas pero que a la vez pone a prueba la voluntad y cuando se logra una pequeña conquista sabe bien, sabe a victoria, un pequeño triunfo en un ambiente hostil en ocasiones, indiferente a veces, acogedor por momentos.

El entorno en que esas ocho mujeres desarrollan su vida, que para muchas de ellas está ocupada la mayor parte del tiempo por un trabajo mal remunerado, por la búsqueda de un empleo digno o el deseo de encontrar algún sitio donde puedan desempeñar lo que saben hacer o lo que sea que puedan hacer, nos lo describe Liz Quintana, abogada con una amplia trayectoria en la defensa de los derechos de las empleadas de hogar, que ahora mismo es sinónimo de mujeres migradas.

Estas historias de vida son un aporte más que Mujeres con Voz hace a la visibilización de las condiciones de trabajo de miles de mujeres migradas que decidieron venir a estas tierras a ocuparse del cuidado porque es la parte de la vida en donde tienen un espacio para llegar y como todo lo relacionado con el cuidado, tienen espacio porque son mujeres y se paga mal porque es cosa de mujeres.

Nuestro empeño en que vea la luz esta realidad toma la forma del relato de ocho historias de vida, pedazos de historias reales que estas ocho mujeres nos han cedido. A todas ellas gracias. Hemos respetado su necesidad o deseo de intimidad cambiando sus nombres y algunas de sus circunstancias pero todo lo demás es la historia tal como nos la han contado.

Para que se sepa y con la esperanza de hacer frente a los prejuicios y malas intenciones de quienes desde el rechazo hipócrita a la migración generan un clima de tensión que solo sirve para que el trabajo necesario de las mujeres migradas se haga en peores condiciones y puedan seguir manteniéndose en total impunidad conductas racistas y sexistas.

*Se matan haciendo camas,
Vendiendo besos, lustrando suelos,
Si pica el hambre en la rama
La tortolica levanta el vuelo.
Y, en plazoletas y cines,
Por un jergón y plato de sopa,
Con una alfombra y un kleenex
Le sacan brillo al culo de Europa.*

“La Casa por la ventana”

*de Joaquín Sabina - Pancho Varona
Antonio García de Diego*

VIOLENCIA ESTRUCTURAL:

Condiciones laborales de las trabajadoras de hogar migradas

Puede definirse la violencia como “el tipo de interacción humana que se manifiesta en aquellas conductas o situaciones que, de forma deliberada, provocan o amenazan con hacer daño o sometimiento grave (físico, sexual, verbal o psicológico) a un individuo o a una colectividad o los afectan de tal manera que limitan sus potencialidades presentes o futuras. Es un comportamiento deliberado que provoca o puede provocar, daños físicos o psicológicos a otros seres, y se asocia, aunque no necesariamente, con la agresión física, ya que también puede ser psicológica, emocional o política, a través de amenazas, ofensas o acciones.

Cuando hablamos de violencia contra las mujeres normalmente hacemos referencia a la violencia física y/o sexual. Sin obviar la gravedad de este tipo de violencia, que llega en casos extremos a arrebatarles la vida, debemos visibilizar otro tipo de violencias que afectan muy gravemente a las mujeres.

Si hablamos de mujeres, migradas y trabajadoras, ineludiblemente debemos hablar de empleo doméstico. ¿Por qué? Porque el trabajo doméstico -entendiendo por tal tanto las tareas domésticas como el cuidado de las personas- se ha asignado históricamente y se sigue asignando a las mujeres. Porque el empleo doméstico -trabajo doméstico remunerado- es realizado entre un 90 y 95% por mujeres y porque además, una parte muy importante del mismo (entre el 40 y el 60%, o incluso más, dependiendo de la zona geográfica) es hecho por mujeres migradas.

En el caso del empleo doméstico en régimen interno -las mujeres pernoctan en la misma casa en la que trabajan- las cifras se disparan y la presencia de mujeres migradas asciende hasta el 90 o 95% del total de empleadas de hogar internas. Debemos tener en cuenta que el trabajo de cuidado en régimen interno es el más proclive a todo tipo de abusos y situaciones denunciabiles.

Tomando como punto de partida, por tanto, el sector de actividad donde la representación de las mujeres migradas es mayor, es decir el empleo doméstico para tareas de cuidado en régimen interno, trataré de explicar por qué en este ámbito podemos hablar no sólo de violencia física y sexual sino también de otros tipos de violencia que englobaré en violencia económica, laboral e institucional o estructural.

Violencia económica y laboral

Cuando una mujer decide migrar pero esta decisión no es voluntaria sino motivada por razones económicas o políticas ajenas a su propia voluntad -y que de no existir tales razones, ella no hubiera tomado esa decisión-, ahí se produce, bajo mi punto de vista, un primer ejercicio de violencia.

Una vez que una mujer migra, ¿qué tipo de empleos se le ofertan, puesto que no se le reconoce el derecho a trabajar en cualquier sector de actividad? Prácticamente, el único nicho laboral al que puede acceder es el empleo doméstico. Y no por casualidad, desde luego, sino porque en esta parte del mundo debemos resolver como sea y a costa de lo que sea -como siempre, a costa de las mujeres- los graves problemas que plantea la denominada “crisis de los cuidados”.

Cuando una mujer migrada en situación irregular pretende obtener sus papeles a través de la figura del arraigo social, la más utilizada, tiene que permanecer al menos 3 años -de acuerdo con la Ley de Extranjería, cuando no muchos más en la práctica- sin contrato de trabajo ni Seguridad Social, lo cual “le roba” vida laboral normalizada y, en consecuencia, derechos laborales y sociales presentes y futuros. Es una situación hipócrita: sabemos que esas mujeres están, nos interesa que estén pero las invisibilizamos, lo que constituye otra forma de violencia. Incluso cuando se les regulariza, nadie se responsabiliza de las cotizaciones a la Seguridad Social por todos los años previos trabajados sin derechos por imposición legal.

Cuando hablamos del acceso al empleo doméstico, no podemos dejar de nombrar una de las vías más utilizadas por las mujeres migradas: las agencias privadas de colocación, debido habitualmente a que no disponen de redes sociales informales para la búsqueda de empleo. Las agencias privadas de colocación sustituyen a los servicios públicos de empleo, en nuestro caso a Lanbide, que no asumen su función de intermediación en el empleo doméstico.

Este tipo de agencias explotan, engañan, se lucran del trabajo de las empleadas de hogar pero no hay control sobre su actividad (la inmensa mayoría son ilegales, a pesar de lo cual se anuncian con total libertad) ni sobre su funcionamiento: ofertan empleos de 7 días a la semana, no respetan los descansos, discriminan a las mujeres por su origen, se quedan con hasta un 50% del salario mensual de las trabajadoras, no les dan de alta en la Seguridad Social... sin embargo, ni se les inspecciona ni se les sanciona, son un elemento útil para sostener el sistema.

Condiciones de trabajo marcadas por la xenofobia y la indefensión

Dado que una parte mayoritaria de las mujeres migradas trabajan en tareas de cuidado y en régimen interno, hemos de preguntarnos cómo trata la Ley a las mujeres que están empleadas cuidando: permite realizar jornadas de 60 horas semanales; no regula la jornada nocturna ni define claramente los descansos; legaliza descuentos sobre el salario por alojamiento y/o manutención de hasta un 30% del mismo; no define claramente cuáles han de ser las tareas a realizar; no delimita los requisitos mínimos que debe cumplir el alojamiento de la trabajadora, su régimen de comidas, el respeto a su intimidad; no hay normas de seguridad e higiene en el trabajo...

Las trabajadoras denuncian la indefinición y sobrecarga de tareas y exigencias, que a veces llega al extremo de que las trabajadoras han sido *prestadas* por sus empleadores o empleadoras para que realicen servicios en otro domicilio de alguna persona amiga o familiar. A pesar de estar expresamente prohibido por la legislación laboral, estas situaciones son percibidas como normales en el sector.

Señalan que realizan sus tareas en soledad y aislamiento, habitualmente sin otras compañeras de trabajo; que pasan 24 horas al día con la única compañía de la persona o personas a las que cuidan, salvo cuando hay visita de algún familiar; que cada vez más se da el caso de familias que las contratan y se desaparecen, dejando a la trabajadora como única responsable de la persona que necesita cuidados, incluso cuando se le tiene que ingresar en un hospital durante días... Llegando al caso en que la persona cuidada fallece con la única compañía de la empleada de hogar.

Denuncian la falta de descanso, de tiempo para desconectar del trabajo. No les resulta fácil conseguir que se respeten sus descansos pues muchas personas empleadoras conciben el descanso de la trabajadora como un tiempo en que no realiza tareas domésticas pero sí acompaña o vigila a quien se cuida, por ejemplo saliendo al parque a pasear con él o ella o permaneciendo a su lado mientras ve la televisión...

Sienten que son infravaloradas, despreciadas o que reciben agresiones verbales por su origen, su raza o su cultura. Un ejemplo claro de esto ocurre en el tema de la comida, cuando se desprecia a la trabajadora porque no tiene conocimientos sobre las materias primas, los gustos o las formas de cocinar de aquí, aunque sea muy buena cocinera.

Resaltan que no tienen posibilidad de quejarse, reclamar o denunciar porque la respuesta viene siempre en forma de amenazas: el despido, la deportación, la expulsión. Dicen que se están utilizando de forma reiterada las denuncias falsas por robo contra las trabajadoras cuando éstas denuncian despidos o cualquier irregularidad en los empleos, como forma de presionarlas para que no sigan adelante con la tramitación de sus reclamaciones a sabiendas de las graves consecuencias que esto les puede acarrear, sobre todo en la situación administrativa de las mujeres migradas.

Denuncian que las y los empleadores recurren a veces al chantaje emocional, cumpliendo las obligaciones legales —de dar de alta en la Seguridad Social, tramitar los papeles en el caso de trabajadoras migradas— como si se tratase de favores que la empleada debe agradecer renunciando a otros derechos, como los descansos o las reclamaciones en caso de despido. En muchos casos, la parte empleadora accede a tramitar los papeles a la trabajadora siempre y cuando ésta adquiera el compromiso de asumir en solitario toda la carga que supone la cuota de Seguridad Social, aproximadamente una cuarta o quinta parte del salario de ésta. A pesar de ser una práctica ilegal y de tener un costo económico para las trabajadoras, estas deben de aceptarla si no quieren permanecer eternamente en situación irregular.

Algunas trabajadoras manifiestan que sufren agresiones físicas, sean estas involuntarias cuando la persona cuidada tiene mermadas sus facultades mentales o voluntarias e infringidas tanto por la persona cuidada como por sus familiares. Las agresiones consisten en empujones, tirones de pelo, bofetadas, o el mero hecho de amenazar con hacerlo, por ejemplo, levantando la mano. Pero también sufren agresiones sexuales, tanto involuntarias como voluntarias, por parte de la persona a quien se cuida o de su entorno familiar, consistentes en propuestas reiteradas, tocamientos, pellizcos, roces y, en algunos casos más graves, intentos de violación.

Un capítulo importante dentro de este apartado son las proposiciones que reciben para mantener algún tipo de contacto sexual. Empiezan a abundar ofertas de trabajo en las que los propios familiares proponen a la trabajadora que mantenga algún tipo de contacto sexual más o menos regular con la persona a la que cuida, a cambio de unas mejores condiciones salariales o como una tarea más a realizar incluida en el precio concertado. Hay que señalar también el acoso constante al que se ven sometidas las mujeres que para encontrar trabajo colocan anuncios en muros o postes, facilitando su teléfono como forma de contacto.

Las trabajadoras se quejan del control que sufren en torno a la comida, que a veces se expresa en un control exhaustivo sobre cuánta comida comen y en otras ocasiones en no dejar que ella compre y prepare su propia comida, y obligarle a comer lo mismo que la persona a la que cuida. El control se extiende también a la higiene de la trabajadora (controlando si se ducha o se baña, limitando cuántas veces por semana u obligándole a afeitarse con agua fría para reducir el gasto), a las relaciones con amistades, familiares o

pareja, y a las comunicaciones vía móvil u ordenador: se llega a impedir que la trabajadora hable por su móvil o se conecte con su ordenador, incluso cuando está supuestamente en su descanso pero no se le permite abandonar durante ese tiempo el domicilio.

También sienten que los y las empleadoras les imponen sus creencias religiosas, cuando les obligan a asistir a actos religiosos acompañando a la persona a la que cuidan o a rezar junto con ella, y a veces sus ideas políticas cuando les interrogan sobre sus opciones o les hablan de estas con menosprecio.

En cuanto al alojamiento de las trabajadoras internas, estas dicen que no siempre disponen de habitación propia y que muchas duermen en un sofá-cama en el salón o en algún rincón de la casa que se habilita para ello. En los casos más graves, la trabajadora debe compartir la habitación con la persona que cuida durmiendo en una cama al lado de ella u otras veces, en un colchón en el suelo e incluso en una silla o butaca a fin de estar pendientes toda la noche de las necesidades de quien atienden. Cuando tienen una habitación propia es frecuente que no se respete la intimidad de la trabajadora: no se le permite poner pasador en la puerta, quienes viven en la casa entran y salen de la habitación sin permiso...

En definitiva, se considera a las trabajadoras de hogar internas como una mercancía, una mano de obra barata sin derechos ni necesidades propias. Trabajar cuidando bajo estas condiciones supone privar a las trabajadoras durante muchos años de su vida personal, afectiva, familiar, sexual y de ocio, con repercusiones muy graves para su salud física y mental. Ante este panorama, muchas trabajadoras renuncian a derechos laborales a cambio de un buen trato que debiera darse por supuesto, siendo habitual que justifiquen condiciones que no alcanzan los mínimos legales alegando que sus empleadores son buena gente o les tratan con respeto.

A todo esto debemos unir, además, cómo viven las trabajadoras migradas sus procesos migratorios: una gran parte tienen interiorizado que ellas vienen exclusivamente a trabajar y se autoimponen unas normas rígidas que les impiden disfrutar del descanso o del ocio, por lo que es frecuente oírles decir que ellas “no están aquí para divertirse”, que “cómo podrían disfrutar cuando no están con sus hijas e hijos o cuando seres queridos lo están pasando mal en su país”.

Esta tendencia a cuidar a otros y otras olvidándose de su propio autocuidado se evidencia en estos dos comportamientos habituales en las migradas que trabajan cuidando: por un lado, envían a su país casi todo el dinero que ganan -incluso cuando ya han saldado las deudas adquiridas para poder emigrar y la situación económica de sus familias es más o menos holgada- mientras ellas se quedan con lo justo e imprescindible para subsistir aquí. Por otro, buscan más empleos de forma compulsiva, llegando a trabajar todos los días de la semana y todas las horas posibles, renunciando a vacaciones y días de descanso. Esta compulsión por trabajar se explica en parte por los bajos salarios del sector pero las propias trabajadoras reconocen que tiene que ver también con la idea interiorizada de que no tienen derecho al ocio y con la falta de redes sociales o de amistades con las que compartir su tiempo libre.

Teniendo todo esto en cuenta, es explicable que las trabajadoras de hogar en general y sobre todo, quienes realizan tareas de cuidado en régimen interno, presenten problemas de autoestima y psicológicos, depresiones y ansiedad, como consecuencia directa de lo que puede definirse como violencia económico-laboral y que nos permite hablar de situaciones de esclavitud en el siglo XXI.

Violencia institucional hacia las trabajadoras de hogar migradas

Nos preguntamos también cómo se manifiesta la violencia institucional o estructural en el ámbito laboral del empleo doméstico. Si combinamos la Ley de Extranjería, que obliga a las trabajadoras a permanecer al menos 3 años sin poder regularizar su situación administrativa, con la legislación laboral aplicable a las trabajadoras de hogar, que sigue sin reconocer a este sector los mismos derechos que a otros, y las políticas de Lanbide, resulta un círculo vicioso que impide a muchas mujeres que sufren abusos tan graves como los descritos, poner fin a los mismos.

Tal como está articulado actualmente el sistema, dejar por voluntad propia un empleo (incluso con causa más que justificada) implica que aparezca en los archivos de la Seguridad Social una baja voluntaria, lo que acarrea problemas muy importantes para la trabajadora. Por un lado, se vuelve imposible solicitar cualquier tipo de prestación a Lanbide o se extinguen estas prestaciones, si la trabajadora las estaba ya percibiendo. En un sector de actividad donde no está reconocido el derecho a desempleo y con la dificultad cada vez mayor de encontrar trabajo en una situación de crisis como la actual, esta consecuencia adquiere una importancia vital que incide poderosamente en la decisión de muchas trabajadoras de no cesar en sus puestos de trabajo y seguir soportando condiciones ilegales y tratos humillantes.

Por otro lado, la baja voluntaria por parte de una empleada migrada supone también que está tendrá problemas para obtener sus permisos o para renovarlos, si es el caso. Carecer de papeles cierra a las mujeres migradas muchas puertas de acceso a derechos, entre estos uno muy importante para ellas: la

posibilidad de viajar a sus países para ver a sus hijos e hijas. Muchas pasan años sin poder hacerlo, lo que constituye otra cara más de la violencia que las propias leyes y su aplicación estricta ejercen sobre las mujeres migradas trabajadoras de hogar.

Finalmente, nos encontramos con que muchos empleadores y empleadoras sin escrúpulos y concededores de esta mecánica perversa, utilizan la legalidad para hacer aparecer como baja voluntaria lo que realmente es un despido, con el objeto de castigar a la trabajadora y ahorrarse, además, el abono de las indemnizaciones correspondientes. En estos momentos, es suficiente la mera palabra de la parte empleadora para aceptar que la extinción del contrato laboral se debió a la voluntad de la trabajadora, con las consecuencias que ya hemos explicado: cierre al acceso a prestaciones y permisos.

Otra cara de la que doy en llamar violencia estructural o institucional tiene que ver con la inactividad de la Inspección de trabajo en este sector: no existe control, investigación ni seguimiento de las condiciones reales en las que se está trabajando en el empleo doméstico, ni aún cuando estas condiciones se denuncian expresamente, con nombre y apellidos. La Inspección justifica su pasividad aludiendo a la falta de medios materiales y humanos para investigar -por ejemplo, en el caso de las actuaciones fraudulentas de las agencias privadas de colocación- pero también a la inviolabilidad del domicilio. Cada vez de forma más reiterada es señalada tal inviolabilidad como un obstáculo a la hora de investigar la veracidad de los hechos denunciados, como si “dar una patada en la puerta y entrar en las casas” fuera la única manera de certificarla cuando en realidad, bastaría con hablar con el vecindario o con el entorno del centro de trabajo para corroborar la denuncia.

Es evidente que falta voluntad política e interés por conocer y actuar sobre lo que está pasando en el empleo doméstico. Es paradójico que las excusas esgrimidas para no hacer nada cuando son las trabajadoras las que denuncian, no suponen traba alguna cuando es la propia administración quien está interesada en investigar a las propias trabajadoras, como ocurre al menos en tres circunstancias:

- 1** Cuando se controla la certeza de los empadronamientos de las mujeres migradas personándose en sus domicilios -que en este caso no parecen resultar tan inviolables-, interrogando al vecindario, cursando bajas de oficio en el padrón si tienen dudas de que la trabajadora viva o no en tal domicilio, con lo que le causan perjuicios irreparables en cuanto a papeles, prestaciones o derechos fundamentales como la atención sanitaria. Estas medidas afectan especialmente a trabajadoras internas cuyos empleadores les impiden empadronarse en la casa donde trabajan y deben alquilar una habitación donde sí les permitan hacerlo (con el coste económico consiguiente) pero donde prácticamente no están porque trabajan todos los días de la semana.
- 2** En caso de seguimiento de lo que denominan “falsas altas” en la Seguridad Social, es decir cuando tienen alguna sospecha de que el alta de una trabajadora de hogar en la Seguridad Social pudiera no deberse a una efectiva relación de trabajo sino a un favor de un particular (para, por ejemplo, facilitar a una persona migrada la obtención de sus permisos), utilizan todos los medios a su alcance para averiguarlo inmiscuyéndose sin ningún rubor en la vida privada de quienes dicen ser los y las empleadoras.
- 3** Aunque el caso de Lanbide merecería un capítulo aparte, baste decir que la investigación exhaustiva que realizan sobre las empleadas de hogar que solicitan o están percibiendo algún tipo de prestación, raya en muchos casos la ilegalidad porque manejan información que pertenece a la esfera más íntima de la vida de las personas.

Resumiendo, nos enfrentamos a una legislación que no reconoce derechos básicos ni se dota de las herramientas necesarias para garantizarlos, unida a la no investigación de las cuestiones denunciadas por las trabajadoras y, por tanto, a la falta de las sanciones correspondientes. Todo ello fomenta y ampara un clima de impunidad que permite “mantener las cosas como están”, en el que las instituciones no asumen su grave responsabilidad porque cabe sospechar que tienen un interés directo en que esta siga siendo la forma más sencilla y barata de satisfacer la creciente demanda de cuidados.

Liz Quintana

Colectivo “Brujas y Diversas”

Liberté, 36 años.

Nació en Marruecos y lleva cuatro años y medio en Euskadi. Está casada y tiene una hija.

Yo nunca pensé dejar mi país, aunque llevaba 14 años trabajando en una fábrica textil con un sueldo de 200 euros al mes por 8 horas diarias, y los jefes nos trataban mal, muy mal, a gritos...

En mi familia tenía mucho control, cuando salía con amigas me preguntaban adónde vas, de dónde vienes, a qué hora vienes, tienes que volver a las ocho... Cuando quería viajar en las vacaciones tenía que mentir a mi madre, a mi familia, decirles que iba adonde una hermana que vive lejos, y cuando volvía a casa gritaban "por qué has hecho esto, tú ya no eres responsable, haces lo que te da la gana, las chicas decentes no hacen esto, tú ya estás de la calle", y los hermanos "¿por qué vas así? No tienes que ponerte este pantalón, por qué has entrado a ese café que entran muchos hombres"...

Además, mi familia no tiene necesidad de que yo le dé nada, mi padre es jubilado militar y cobra el dinero que le mandan de Francia a él, yo trabajo para mí y lo que yo puedo le doy.

Yo nunca, nunca había pensado venir aquí. Cuando va allí la gente que vive en Europa dice "Europa es una vida de paraíso ¿cómo estás trabajando en la fábrica de textil por sólo 200€?". Piensas que cuando llegues aquí vas a encontrar un trabajo muy fácil, te van a pagar mucho dinero y vas a comprar coche, casa... Le estuve dando vueltas y vueltas, y en unas vacaciones de verano decidí salir del país. Me dije "voy a probar, en estas vacaciones voy a probar cómo va a salir esto". En mi familia todos estaban asustados, me decían "¿Cómo vas a ir tú así, sola?" Les contesté "Mira, yo voy en avión, no me va a pasar nada, si veo que algo no marcha bien, voy a volver y ya está". Todos quedaron llorando...

Fui a Turquía con un chico más joven que yo que también quería pasar la frontera, pagué a un señor 700€ sólo para que nos llevara en un autobús desde Turquía hasta la frontera de Grecia. Fuimos ahí y encontramos a un señor con un barquito para cruzar una ría, la cruzamos y tuvimos que caminar desde las 8 de la tarde hasta las 6 y media de la mañana, toda la noche caminando con miedo de la policía porque nos dijeron que si nos veía la policía nos iba a matar. Yo no sabía nada de esto, pasé un susto terrible, estaba cansada, mi maleta se había roto y había tirado mis cosas para poder caminar tranquila...

Cuando entramos en Grecia y subimos a un autobús, el conductor llamó a la policía y nos llevó a un centro de internamiento, como una cárcel. Al llegar nos tuvimos que quitar todo, zapatos, cordones, todo y entrar desnuda en una habitación para que una chica me revise... Cuando el primer día me dijo una chica que llevaba ahí tres meses pensé que si pasaba ahí tres meses me iba a morir... Estuve sólo tres días y lo pasé muy mal, muy muy muy mal. El tercer día nos llamaron y salimos de allí, subimos al autobús y llegamos a Atenas.

Yo llevaba tres días sin llamar a mis padres y en mi familia era como un funeral, mi padre en la puerta de la casa gritando "mi hija no sé nada de ella, mi hija ya está muerta, mi hija no sé qué" y los vecinos diciendo "¡qué vergüenza!" Lo primero que hice cuando bajé del autobús fue llamarles para decirles "solo estoy llamando para decirlos que estoy bien", y colgué.

Yo no tenía idea de venir a España, yo quería ir a Francia. En Grecia me quedé un mes en casa de la chica marroquí que conocía, ella salía a la calle y yo tenía que hacer todas las cosas de casa, fregar, poner lavadora, como una criada. Ella me había dicho que iba a hablar con el señor que me iba a hacer el pasaporte y ayudar a cruzar, y así pasan los días. Su marido venía cada mañana, antes de irse al trabajo a las 6 y media, a donde yo dormía en el salón y me decía "dame un beso, tócame" mientras ella estaba dormida en la habitación, yo le decía que es una vergüenza y que no podía ser...

Gracias a Dios ya monté en el avión para París con un africano que vivía en Francia. Cuando llegamos a París tenía 50 € en el bolso, nada más. Llamé a una amiga que encontré en el centro y me dijo que cogiera el TGV. También llamé a mi hermano y cuando le dije que estaba en Francia y que me iba a quedar aquí



donde una amiga me dijo que no me quedara en Francia, que mejor fuera a España donde estaba él y que me iba a ayudar para que trabaje. Y me mandó 150 € para yo pudiera coger el autobús a Bilbao.

Pero cuando llegué a Bilbao mi hermano me dice que no hay nada para mí, ni habitación para dormir ni trabajo ni nada. Y yo me veo sin dinero, sin ropa, sin trabajo, sin saber cómo van las cosas aquí, ni el idioma, ni nada. Y además llamó a mi madre y le decía “mira, es que todo el día tu hija es una puta ¿Por qué ha venido aquí? ¿Por qué habéis decidido dejarla aquí? Yo voy a tirar su ropa a la calle ya, y no se va a quedar”. Yo estaba oyendo esto en la cama y llorando “Uhhhh, ¡madre mía! ¿Por qué he venido aquí?”...

Mi hermano me llevó a Médicos del Mundo en Bilbao y ahí estudié. Muy bien, gracias a ellos estoy hablando. Y estoy agradecida, la verdad, porque aprendí mucho ahí. Luego conocí a un chico de aquí que me propuso para que yo fuera pareja de hecho con él pero yo le decía “no, no, es que por mi religión y mi cultura no puedo”. Él me decía “es que si haces pareja de hecho conmigo vas a conseguir la residencia y la nacionalidad dentro de un año. Y si no quieres seguir conmigo es fácil separarnos, ni abogado ni nada, es fácil. Pero si nos casamos es un jaleo, abogado y demás”. Le he dicho “no, no, yo no voy a hacer esto por interés, aunque yo no tengo papeles pero no lo voy a aceptar”.

A los 15 días me llamó y me dijo “tengo a mi madre en el hospital, ven a cuidarla y te doy 5 € a la hora, desde las 2 a las 10 de la noche”, porque él trabaja a la tarde. Le he dicho que sí porque estoy estudiando en la mañana y así aprovecho la tarde. Aunque me dijera 3 € a la hora yo voy porque no tenía nada de dinero, nada. Fui a cuidar a la madre en el hospital y me daba 40 € cada tarde, qué bien. El sábado le digo a mi hermano “llévame a un centro donde pueda comprar ropa, ven conmigo por favor, ¡quiero comprar ropa!”. Después llevó a la madre a la casa y voy todos los días a cuidarla y me da 1.000 € al mes. Qué contenta estoy, por fin ya tengo dinero en la mano.

Pero la mamá murió y entonces trabajé cuidando una niña, pero sólo durante tres meses porque era mucho trabajo para mí. Yo vivía en Bilbao y tenía que ir hasta Sopelana a llevar la niña al autobús, tenía que estar ahí a las 7 y veinte y termino a las 9. Llego a Bilbao entre las 9 y media y las 10 y tengo que preparar la comida para comer e irme al trabajo otra vez al mediodía... He visto como que estoy gastando mi cuerpo, mucho trabajo y no podía, no. Ahora ya llevo un año buscando trabajo, poniendo carteles, voy a asociaciones, hago lo que sea pero es complicado.

Una vez he puesto un anuncio en Mil Anuncios. He puesto “Chica seria, responsable, para cuidar y para el hogar”. Dos días después me llamó uno a las 5 de la tarde y me dice “a mí me interesa que vengas a limpiarme la casa y te voy a pagar 5 € a la hora”. He dicho “vale, está bien ¿y qué días?”. Me dice “es que hay otro trabajo y te voy a pagar más”. Yo le pregunto “¿cuál es?”. Me dice “es de masajista”. Y yo “no, yo no sé de masajista, yo solo de hogar o cuidar de mayores, nada más, o niños”. Decía él “yo te voy a enseñar”. Cuando me ha dicho que yo te voy a enseñar ya me he dado cuenta de que algo no está bien. “Y que te voy a pagar bien”, me dice. Y yo “¿Qué tipo de masajes quieres?”. Me dice “un masaje completo... bueno, yo te voy a dejar ahora, pero mañana a la 1 te voy a llamar”. Al día siguiente ha llamado y le ha respondido mi hermano “si vuelves a llamar a este número te voy a romper la cara, que sea la última vez que llamas a este móvil”. Desde ese día ya no he vuelto a poner anuncios.

Yo estoy buscando un trabajo y quiero regularizar mi situación, pero no me llaman, no me buscan. Sólo me llaman por eso de la alimentación pero yo no quiero alimentos, en realidad no quiero muchas cosas, sólo pido un trabajo digno, que me paguen bien, que pueda vivir tranquila y ahorrar.

Me gustaría hacer un proyecto, por ejemplo, abrir un restaurante de comida árabe-española o un taller de costura, porque también me gusta coser. Hacer un proyecto aquí y vivir tranquila, ya está, y con papeles para que yo pueda ir a visitar a mi familia y volver aquí porque mi vida ya está aquí. Sí, mi vida es aquí. Yo no pienso volver a Marruecos, a mí me gusta vivir aquí. Y me gusta la gente de aquí, porque no son todos malos, hay gente buena con los extranjeros.

También hay gente mala. Una vez chateando en el internet con uno de aquí me propuso tomar café y yo salí con él para tomar café. Entonces él me llevó en su coche y quería abusar de mí. Yo le he dicho que no pero él cogió mi mano y me decía para tocarle y luego para chupar. Y yo no quería, intenté abrir la puerta y cuando ya vio que yo abría la puerta, me dejó salir. Ya no he vuelto a verlo.

Si yo tengo un trabajo entonces tengo dinero y puedo hacer muchas cosas y cambiar muchas cosas. Pero como no tengo nada, no tengo cara para ir dando lástima a los demás y prefiero aguantar todo lo que pueda... y cuando ya no pueda más pues exploto, eso es lo que está pasando.

- Manicura francesa 20 €
- Surtido de quesos en restaurante 15 €
- Hora suelta para cuidado de personas dependientes 10 €

Carmen, 34 años.

Es de Ecuador y lleva siete años viviendo en Euskadi con su marido y su hijo.

Mi hijo nació enfermo y tuve muchos problemas en todo el embarazo. Vivíamos en la casa de mi suegra, yo era la recién llegada, había otras dos nueras más y cuando me embaracé no les sentó nada bien. A los tres meses ya empecé a tener amenazas de aborto así que fui a refugiarme a la casa de mi hermana porque su marido la había dejado y tenía un hueco en su casa; luego volvió su marido y me tuve que ir de su casa. Mi suegra no quería que su hijo saliera de su casa para vivir conmigo, decía que él tenía que terminar el bachiller y que viviéramos en su casa hasta que se recibiera, pero yo le dije “yo así no voy a seguir aquí”.

Cuando nació, mi hijo tuvo sufrimiento fetal, tenía como temblores pero el pediatra me decía que era normal. Cuando tenía un mes y medio o así, una de mis cuñadas le tenía en brazos y se cayó, aunque no lo soltó mi hijo se quedó pasmado y no reaccionaba, durante toda esa noche le dio como epilepsia. Lo llevé al doctor al día siguiente y lo mandó urgente al hospital porque dijo que no era normal, ahí me dijeron que tenía un cuadro convulsivo y que nació con un retraso de maduración cerebral.

Como había que hacerle estudios médicos una tía me acogió en la capital y allá estuve más de un año, hasta que vine aquí. Mi tía era como mi segunda mamá; ella se vino y desde aquí me hablaba, siempre me decía “ay, como quiero que venga, que le atiendan acá a la criatura”, porque allá las opiniones de los médicos no coincidían, uno me decía que era epilepsia y me daba medicamento para eso pero otros me decían que no.

Como la relación con mi marido tampoco era muy buena, un día que mi suegra hizo un gran problema porque uno de los hijos de mi cuñada empujó a mi hijo, es cuando ya decidí venirme. Aunque mi marido me decía “no te vayas, te vas a olvidar, ya no vamos a ser la pareja que somos, cuántas mujeres se van y se pierden y se olvidan”... la verdad es que yo quería venirme por mi hijo.

Yo llegué aquí con trabajo, mi tía le había dicho a la hermana de su jefa y empecé con ella. Con eso ya me cubría por lo menos los gastos del súper y después mi jefa me ayudó a conseguir otro trabajo y así empecé a cubrir mis gastos. Estuve ahí 4 meses y bien. Luego empecé a tener problemas con mi tía, aunque yo con ella siempre me llevé muy bien allá cuando vine aquí ya no fue tan bien, ella se sentía sola y quería que todo el tiempo yo estuviera con ella, pero yo tenía a mi hijo y trabajaba.

Al principio yo llevaba a mi hijo adonde trabajaba pero había días en que le quería llevar y me decían que no podía, igual la criatura tocaba algo y le hablaban fuerte y le gritaban... Yo vine por mi hijo y yo sin él tampoco hubiese venido, por eso cuando a mí me dicen: “que valiente, viniste con tu hijo” yo digo “valientes son las que lo dejan, porque yo no hubiese podido”. Cuando vine me dijeron que aquí en el trabajo tenías un mes de vacaciones pagadas pero yo no vi ni medias pagas, ni vacaciones, ni hostias...

Yo estaba acostumbrada a trabajar en dos casas que eran más o menos civilizadas. Luego me tocó uno guarro, desordenado, que no quería contratarme por horas sino que fuera media hora a la mañana a llevarle al crio al colegio, al medio día ir a recogerle, traerlo y llevarlo... pero me dijo que no me iba a contar el tiempo en que comía. Ah, cómo era este hombre... Lo acepté pero después me salió el cuidar a una señora mayor que luego se murió y me llevó su hija. Mi jefa me hacía propaganda, decía “es que yo tengo una chica que es súper limpia, súper maja, súper buena, amorosa, cariñosísima, y por 200 € me tiene la casa...”, pero yo le decía “oye, deja de hacerme la propaganda por favor que hay casas que no valen 200 €”. Ella me decía “es que yo no tengo para pagarte extra”, entonces si me quedaba de más me decía que librara otro día y podía llevar a mi hijo a su casa.

A mi hijo le dejaba a las 8 y media en el autobús y yo cogía el de las 8 y cuarenta que venía de Bilbao porque tenía que llegar 9 menos cinco. Me iba a las 2 y media, casi a las 3 llegaba a mi casa, comía y a las 4 y cuarto, que llegaba el autobús, recogía a mi hijo. Si ella me decía “vente para las 5 y media” nos



subíamos a casa, le daba la merienda al niño y a veces ya le bañaba, inclusive cogía la cena. Y si me decía “vente para las 5” pues iba directo, de casa salía con toda la mochila al autobús directo a la casa de mi jefa porque al salir de allí a las 7 y media me iba a limpiarle la guardería. Y de ahí cogía el último autobús para llegar a mi casa a las 9 y cuarenta con mi hijo ya dormido.

Yo trabajaba mucho pero es que me sentía como realizada, como que yo podía con mi hijo y eso para mí era súper, lo máximo, o sea ver que no dependía de nadie, me sentía... buaaaa, poderosa. Yo siempre quise ser mamá soltera, siempre, pero mi marido no me dejó porque cuando el problema de su casa y todo eso, yo siempre le dije “me voy, me voy” y él que no, él lloraba y me decía “voy a barrer calles”... se le cumplió, porque está aquí ¡barriendo calles! Cuando vino mi marido empezó mi decadencia, empecé a ganar menos y a tener más gastos: hace siete años yo estaba pagando 300 € y ahora pago 600 € por mi casa.

Cuando yo llegué acá sabía que iba a trabajar en casas y no me he planteado nunca otro trabajo, siempre digo “¿Adónde me voy a ir? ¿Qué voy hacer? ¿Quién me va a querer?” Si hay gente que son abogadas y vienen aquí a hacer lo mismo que yo, o sea a trabajar en casas, yo entonces ¿qué voy a hacer? Voy a estudiar para ser abogada y luego no voy a trabajar más que de esto, las cosas son así.

Un día mi marido dijo frente a su jefe “Yo entiendo que la gente de aquí no quiera a los inmigrantes porque igual se sienten invadidos, como que les quitamos los trabajos” y le dice este “Como vuelvas a decir eso te quedas en la calle porque te puedo asegurar que ahora pongo un anuncio para que venga a trabajar alguien y me van a aparecer toda la gente de fuera, no me va a venir ni un español”... Eso le dijo el jefe, él sabrá.

- Cambiar un contador de agua caliente desde.....92 €
- Un paquete “escapada romántica” desde.....136 €
- Salario bruto (incluye pagas extras y seguridad social) 175,84 €

Sandra, 30 años

Es rumana y lleva 10 años en el País Vasco. Vive con su marido, su hijo, dos hermanos y una prima.

La falta de dinero en Rumanía me hizo venir aquí a trabajar, a ganar mi vida, a ser independiente de mis padres. Como todos, me imagino, porque al final, todos venimos por eso, no vamos a venir por lo bien que lo estamos pasando en nuestro país, qué va, para nada... Todo fue muy rápido, hoy le digo a mi madre "oye, que me voy" y al de una semana me he marchado, sin más. Como no había nada que hacer ahí, pues me marché y ya está.

Una amiga me dijo "vamos a vendimiar" y yo digo "hala, vamos a vendimiar, qué bien, me encanta"... Y trabajamos en la vendimia mes y medio pero después se acabó el trabajo y me iba a marchar cuando una prima que estaba aquí en Bilbao me dijo "oye, no te marches, ya que estás aquí pues vente". Me mandó 50 € y en el primer autobús que pillé me vine, hace diez años ya.

Yo sabía que iba a trabajar, que iba a estar sola pero no pensaba en quedarme tanto tiempo. Al final uno trabaja, se hace un dinerito e igual se vuelve, pero yo estuve dos años sin ir a Rumanía. Luego vuelves, te haces una pareja, vives con la pareja, viene un niño y al final no te vas, porque está duro ahí, está fatal... Igual en la vejez vuelvo a Rumania, no sé, para estar tranquila, con una pensión y no sé, para disfrutar de lo que no hemos podido disfrutar porque nos hemos tenido que marchar.

Aquí me dedico a trabajar, a cuidar el niño y poco más. Venía a trabajar en lo que fuese, no me importaba, me daba igual, en todo... menos prostituta. No digo prostituta en plan de no respeto, no, yo respeto a las prostitutas, hacen un trabajo honesto, no roban, no hacen nada malo a nadie, utilizan su cuerpo para ganarse su dinero, pero yo no me veo haciendo eso. Y como no me veo y no lo podré hacer nunca, pues no me voy a meter en eso, sin más...

Cuando llegué a Bilbao estuve con una señora, iba dos horas al día para limpiarle un poquito la casa y acompañarle, pero estaba loca... Metía el yogur en el microondas y el café en la nevera y los zapatos detrás de la puerta y me preguntaba que donde están sus zapatos y su café... Me pagaba una mierda, 180 €, al mes, o sea, 3 € la hora, porque iba todos los días. Aguanté lo que pude hasta que encontré otro trabajo.

Tenía una amiga que trabajaba en una casa con dos niñas y me dijo a ver si yo quería sustituirla porque ella no podía ir más y así me quedé ahí, con las dos niñas, me quedé dos años, sí, majísimas las niñas, los abuelos también, la madre también, un poco malcriadas, pero hasta lloraron cuando me marché...

Y al poco tiempo encontré otro trabajo. Estuve trabajando en casa de una señora también súper maja, ahí sí que estuve bastantes años... También cogí un bar pero no podía compaginar las dos cosas porque terminaba muy agotada: me iba al bar de 9 a 3 y a las 3 me iba a la casa hasta las 6, y a las 6 volvía al bar hasta las 11 de la noche. No podía y dije "se acabó". Dejé a la señora y se fue mi prima a trabajar a su casa.

También tuve trabajo en otra casa con una señora muy rara... Un día estaba pasando la aspiradora y de repente la veo que estaba atrás mío pisando el cable y al tirar de la aspiradora la señora se cae. Y me dice "que me matas" y yo "pues lo siento mucho, no haber estado detrás mío y encima pisándome el cable". Se fue de vacaciones y cuando volvió me dijo que ya no me necesitaba, nada, sin más.

Solo un mes estuve interna, cuando cuidé a las niñas. Me dijeron que si quería ir el mes de agosto con ellas de vacaciones y acepté, me pagaron bien pero me salió un poco malo porque dicen que son dos niñas pero al final eran cinco niños ahí, vinieron los primos, las sobrinas, la hermana de la madre de las niñas, y al final se juntaron un montón de gente y yo sola con todo, casa, comida, ropa... Y digo "joder, estas me van a matar aquí"...

Cuando les dices que te marchas al de un mes, te ponen a hacer cosas que nunca en la vida les había hecho nadie, te machacan, que te pongas de rodillas, que me limpies tal o cual esquina, que te



tienes que subir al armario... vamos, vamos, la lámpara, que nunca en la vida la ha limpiado y te pone a ti a que la limpies... Será que les da un poco de rabia que te vayas pero oye, nadie está obligada a estar en su casa y encima sin cotizar ni nada...

En todos los lados hay racismo y en todos los lados hay gente mala, gente a la que no le caes bien y te pregunta por qué has venido aquí. Pues por qué va a ser, por necesidad, como todos. Estuve trabajando en un bar y me vino un señor y me pide en euskera y yo digo "¿y ahora que le digo a este, que tengo o que no tengo lo que me pide?". Y le digo "oye, ¿me puedes decir por favor en castellano? Porque yo el euskera no lo domino bien... de hecho no sé nada" y me dice "¿entonces para qué has venido al País Vasco?". Le digo "por necesidad, como todos, ¿qué voy a hacer?". Y me contesta "mi mujer tampoco sabía el euskera pero ahora es una profesora de euskera" y le digo "ya, vale, me da igual, pero es que yo no he venido al País Vasco a aprender el euskera, yo vengo a trabajar y a entenderme bien con todo el mundo... y si hace falta aprender el euskera, pues lo aprendemos oye". Ahora con el niño tengo que aprender, porque no me queda otra porque va al colegio en euskera y tengo que aprenderlo.

Mi vida ya está hecha. Me falta una casa y ya está. Tengo un niño, tengo un trabajo, tengo el marido, sólo quiero tener salud para poder trabajar y disfrutar de mi familia, nada más. ¿Qué más voy a pedir? Es que no pido nada más.

• Servicio de cerrajería urgente (1 min. para abrir una puerta) puede llegar a costarte..... 556 €

• Salario bruto por 100 horas al mes de trabajo doméstico (incluyendo pagas extras y seguridad social).....521,13 €

Amina, 37 años.

Llegó a España hace seis años y desde hace cuatro vive en el País Vasco con su hija de 6 años. Su familia está en Marruecos.

Cuando he decidido venir no era por venir aquí sino por salir de Marruecos. Buscando por internet parecía que la única manera de salir era casarse con alguien de fuera... y así fue como conocí al padre de mi hija, me casé con él y me trajo aquí, después de un año o así fue el divorcio porque no hacía las cosas bien, he vuelto a mi país para hacer el trámite del divorcio y allí otra vez pensé ¿qué voy a hacer?, ¿me quedo o me voy? Me quedé allí nueve meses con mi hija pensando pero era una época de crisis a tope y no había otro remedio, había que salir, he traído a mi hija y aquí estoy.

Vamos a decir que tengo dos tipos de inmigración: la primera como reagrupada con mi marido; la segunda como una mujer sola con una niña. En la primera he sufrido cuando mi marido me ha traído y me ha encerrado en la casa, no quiere que salga ni que haga amistades ni que aprenda el idioma, estaba sola en la casa y la casa estaba en una zona que no era ni pueblo ni ciudad, quedé traumatizada, quería que me ayudaran, quería trabajar pero tenía miedo, no estaba todo claro dentro de mi cabeza, la niña era un bebé y la gente me trataba mal porque vestía con el pañuelo.

Si ahora mismo voy a Marruecos voy a vivir mejor que aquí, seguro... no estoy aquí por pobreza, no. Yo no mando dinero a mi país, sólo a mi abuela porque la quiero mucho y es como un regalo, pero no tengo esa responsabilidad de mandar dinero... El trabajo sí es un problema porque no puedes trabajar como has trabajado antes en tu país, en esta época no es fácil y menos con la niña porque no tengo a nadie aquí para que cuide de la niña. He trabajado pero no mucho, he trabajado en la limpieza para casas y también con empresas.

Cuando volví la segunda vez, ya divorciada de mi marido, me fui con un hombre pero no éramos novios, era más bien intercambio sexual y me he mantenido la vida así, me tenía obligada a hacerlo, no era elección, era obligación. Empecé a salir a prostituirme, no era mi trabajo ni se lo contaba a las prostitutas, no estoy en contra porque cada uno vive como quiere vivir, me encontraba haciéndolo porque tenía que hacerlo, porque he tenido que hacerlo esos días para ahorrar dinero; lo hacía a escondidas y a través de otras mujeres porque no quería dar mi dinero a nadie. Después de eso he caído en una depresión grande porque cuando tú estás en una situación mal... Y también tenía miedo, mucho miedo, no contaba nada porque tenía una niña y tenía miedo a que me la quitaran, miedo de la deportación. Todo el mundo me dice cuidado que te quitan a la niña, ¡cuidado!

Cuando he trabajado en casas no me ha salido bien. Una vez que estaba trabajando en una casa el chico que vivía allí se levanta y circula con calzoncillo y a mí esto me ha dado mucho miedo, me pide cosas, tienes que hacerme esto, así no se hace, me frías un huevo pero no así, no haces las cosas bien... En otra casa no entendía el idioma y ella se enfadaba; ha hecho una cosa mala porque yo fui a la casa con un libro y ella vino y me dijo apaga la luz, no tienes que leer aquí, aquí no se lee.

También trabajaba en unas escaleras, la paga era 4 € a la hora y un día abrió un viejo que vivía en la primera planta y empezó a gritar y a insultarme diciendo "Has dejado la luz el miércoles"... Yo no había dejado la luz encendida pero empezó a chillar "Vete a tu tierra" y vino la vecina también a hacer lo mismo, con los dos a la vez y he dicho "Bueno parad por favor, conmigo no habléis, hablad con el que me ha contratado aquí" y dejé el trabajo por eso, me sentí mal y lo dejé.

Aquí todo el mundo ayuda pero nadie quiere tu amistad. He hecho un esfuerzo muy grande para integrarme y vivir aquí porque he decidido vivir aquí pero es difícilísimo que te acepten, no esperes que vas a hacer familia aquí. Hay como una barrera, no sé por qué está esa barrera pero me molesta mucho, no te queda más remedio que buscar a tus paisanas. Yo estoy integrada, me siento una de aquí y las paisanas me ven rara. Pero las de aquí... por ejemplo, hice amistad con una chica y un día estuvimos hablando y



me sorprendió que ella estuviera contra todo tipo de prestaciones para extranjeros, y le digo “¿pero por qué estás contra eso?” “Que trabajen, dice, tienen que trabajar algún día”. A mí me ha parecido mal lo que dice y no sé, ya no somos tan amigas.

Mi hija come normal y hay musulmanes en su clase que le dicen a ella “tú tienes que comer como nosotros, no tienes que comer jamón”; mi niña venía una vez asustada porque un niño le ha dicho “vas al fuego”, yo le digo que no hay ni fuego ni hay nada, tú eres niña y puedes comer todo, tú no eres musulmana, tú eres ahora mismo niña y ya está. Mi hija se fue al cole y la primera vez después de esto le ha dicho a un niño “yo no soy musulmana, yo soy de aquí y de allí” de Bilbao y de Marruecos y vivo aquí y como de todo. Yo fui al colegio y he dicho a ellos “oye esto hay que tratarlo dentro del cole, vosotros con los niños tenéis que explicar esto... es acoso para mi hija”.

Yo estoy contenta, me gusta el País Vasco, me encanta la cultura vasca; mi hija tiene el colegio gratuito, come allí porque el gobierno nos está dando beca, por las tardes tiene extraescolares gratuitas. Mi sueño es entrar en la universidad y quiero conseguirlo y trabajar en un trabajo que yo quiera, que me guste aunque eso es un poco difícil. Yo quiero estudiar Derecho o algo que tenga relación con lo social, psicología, trabajar como en mi país que me gustaba mi trabajo; para conseguir ese trabajo tengo que estudiar mucho, lo lograré, poco a poco.

De 122 mujeres migradas entrevistadas, 27% declara haber sido víctima de insultos sexistas, sexuales y/o racistas en las calles.

Sortzen Consultoría, 2014. *Acoso sexual y mujeres migradas en la CAE*

Lucía, 51 años.

Colombiana con una hija de 19 años y un hijo de 10 años. Vive desde hace trece años en el País Vasco.

Vine aquí primero, por la inestabilidad laboral y segundo, por la situación económica de mi país. Tengo una titulación de terapeuta respiratoria y en Colombia trabajaba en un hospital pero la crisis económica afectó a la salud y empezó la privatización de los servicios de salud, la forma de contratación laboral empezó a cambiar, pasamos de un contrato indefinido a un contrato a seis meses, luego un contrato trimestral y luego pluriempleada, al final todo se volvió un caos y terminaban pagándonos cada cuatro meses un mes...

La oportunidad de venir aquí se me presentó de un momento a otro. Mi objetivo era venir por un año, hacer un dinero y regresar, porque allí tenía una niña de 6 años que la había dejado con mi madre. Pero al llegar aquí vi las cosas de otra forma y ya me quedé, ya llevo trece años aquí.

Es triste y lamentable decirlo pero aquí es así: para hacerme mi permiso de residencia me sometí a dos años de trabajo en unas condiciones psicológicas pésimas, pésimas. Estaba interna, no salía sino una hora cada ocho días a misa detrás de la iglesia, ese era mi permiso, el resto era (casi digo) mi convento de clausura, el sacrificio por conseguir esos papeles. En aquella mi primera casa no querían ni siquiera pagarme vacaciones, estuve dos años completamente enclaustrada cuidando a esa mujer, un perro y una huerta. El trato fue malo, muy malo, y me hizo mucho daño... Yo pienso que todo lo que me pasa hoy es por aquello que he dejado atrás, que supuestamente ha quedado atrás pero queda en un rinconcito de tu mente y de tu corazón; mi autoestima bajó al encontrarme encerrada, de rodillas brillando una madera con la cera...

Fue un gran cambio, yo ahora, si pudiera retroceder en la vida, no me vendría para acá ni atada. Sufrí mucho, demasiado, quise escapar, una psicóloga me hacía terapia por el móvil y así resistí de querer saltar de un segundo piso y fracturarme un brazo para escapar... La hija me decía "mira es que si tú sales a la puerta del chalet la policía te va a llevar porque tú no tienes papeles y entonces ¿qué vas a hacer con la deuda que tienes contraída allí?... Si sales a la calle eres tan guapa y hay mafias por ahí y te llevan de prostituta" La hija era la que me oprimía, ni siquiera quería que yo comprara móvil, claro, para que yo viviera incomunicada.

Pero lo compré, le pedí a una amiga y me lo pasó por una ventana, lo tenía escondido y por ese móvil conocí a la abogada de inmigración y me dijo que aguantara un poco, "aguanta un poco y apenas tengas el permiso de residencia denunciarnos", pero al cabo del año me marché sin el permiso de residencia, porque yo ya no podía ni respirar, me decía a mí misma "antes de que yo cometa aquí algo, mejor me voy". Una nuera de la señora que era psicóloga me dijo "tú te marchas, no pienses por nadie, te vas porque te está fastidiando, cállate y te marchas mañana mismo", porque ella me había encontrado en medio del jardín en un rincón toda rarísima, ese fue mi peor momento.

De ese empleo pasé a otro totalmente distinto, estaba muy bien con esa familia, yo tenía mis días de descanso, salía por las tardes, iba con la mujer a Benidorm, las Canarias, Laredo... Si la mujer se me ponía un poco difícil, el hijo le dijo una vez "¿Qué, te estás portando mal? Pues a una residencia porque mejor chica no te podemos poner". De ahí me marché cuando conocí al padre de mi hijo y él no quería que yo continuara interna. Conseguí un trabajo en una casa, estuve cinco años también buenísimos con dos niños, casi los ayudé a criar... Lo malo es que me salió lo del curso y de un día para otro tuve que marcharme, esa fue la parte malita, lo sentí en el alma pero yo tenía que hacer algo por mí...

A nosotros los inmigrantes no es lo que nos digan sino como nos miran, ¿no? En un autobús por ejemplo, el hombre casi me lleva colgando cuando el niño era bebé diciéndome "bájate inmigrante, bájate" Para mí eso es horroroso, no porque me sienta menos, soy grande y somos grandes, y eso no lo permito.

También en el colegio del niño, el niño me llegaba golpeado, estropeado, con la boquita reventada y él siempre decía que era el mismo niño; fui a hablar con la andereño y me dijo que sí, que había un poco



de roce ahí pero que eso se va pasando a medida que ellos van creciendo... Bueno, un día fui por el niño y estaban jugando con el balón y viene la madre de uno y me dice al grito "inmigrante, vete para tu país, que vienen aquí a comerse lo que no hay". Entonces dije "Ay Dios mío, ahí está, esta es la razón del porqué tu hijo le pega al mío, porque mira lo que acabas de decir, mira lo que tú le estas enseñando". Alcancé a hablar con SOS Racismo y le iba a denunciar a la señora, fui a la dirección del colegio pero el director me dijo que lo iba a perjudicar a él, le dije "me da igual, tengo mis derechos y los derechos de mi hijo prevalecen"... Al final le llamaron a ella, les pusieron psicólogos y seguimiento y las cosas se fueron calmando, el niño nunca más volvió a pegarle a mi hijo.

Hay una mujer del pueblo que nos detesta a todos los inmigrantes, pero esa mujer es una mujer mayor y hay que tener mucho cuidado con ella. Un día en el supermercado me decía que yo le había quitado un queso y escarbaba en mi cesta, yo le dije "¿qué hace ahí con mi cesta?, vuelva a meter las manos en mi cesta y llamo a la policía, porque ni yo te he quitado el queso ni tú tienes el derecho de revisar mi cesta", cuando llego a la caja aparece ella con tres botellas de un refresco y le dice la cajera "pero si hace rato me has dejado este queso aquí y no has vuelto"...

Mi sensación es que el racismo ha empeorado por la crisis, ahora ya nos ven de otra forma, antes decían "necesitamos que nos limpien, necesitamos que cuiden a las personas mayores" porque había abundancia y muchos y muchas no querían hacer lo que nosotras llegamos a hacer, porque tenían solvencia económica... pero ahora los runrunes son que esas o esos han venido a quitarnos el trabajo, claro que hay más racismo y hay que tener mucho cuidado.

22 de cada 100 mujeres migradas dijeron que al recibir una propuesta para trabajar como empleada de hogar, la realización de actos de tipo sexual con el hombre a cuidar, se incluían como parte de sus obligaciones.

Sortzen Consultoría, 2014. *Acoso sexual y mujeres migradas en la CAE*

Maiara, 28 años

Es senegalesa y vive en el País Vasco desde hace cinco años con su amplia familia.

Vine a buscar la vida... a buscar trabajo para ayudar a mi familia y a mi hija. Cuando llegué aquí no sabía hablar ni decir hola ni nada, cuando hablaba mis sobrinas me quedaban mirando pero ahora he cambiado mucho, haciendo cursos, reconociendo a la gente. Quiero volver a mi país pero todavía ni lo pienso porque allí es fatal, ahora no puedo volver porque aún no he encontrado trabajo pero si un día tengo trabajo sí quiero ir para traer a mi hija a un hospital porque está muy mal, tiene un asma muy grave.

Ahora tengo muchos problemas, está muy difícil de encontrar trabajo... Antes sí estaba trabajando cuidando a una señora pero no tenía papeles, me pagaban cada hora 5€, cuando la gente sabe que no tienes papeles no te pagan bien, te gritan... Una vez un señor me ha llamado y me ha dicho "he visto tu cartel en la calle, si quieres otro trabajo te lo doy", yo le dije "estoy buscando trabajo, si tienes trabajo me das, si no tienes trabajo no me llames nunca".

Otra vez fui a cuidar a una señora enferma que tenía tres hijos, los dos hijos son muy majos pero los primeros días no me respetaban, cada uno me dice lo que le da la gana, uno dice "tienes que hacer eso", otro me dice "tienes que hacer esto otro"... El hijo que me contrataba antes de pagarme me llamaba diciéndome que estaba de viaje, entonces un día yo no fui a trabajar, me llamó por teléfono y le dije "págame, si no me pagas no voy a seguir trabajando, no soy una tonta ni esclava, si no me pagas no voy a trabajar".

Un día fui para coger el metro y en el camino he visto un señor muy mayor que me ha dicho "vete a tu país negra de mierda", yo le dije "tú eres muy racista" y otras cosas porque no me gusta que me tratara así... Otro día un coche me siguió por la calle Autonomía hasta que finalmente le dije "mira, déjame en paz, por favor, si no voy a llamar a la policía"... Son muy tontos, pero algunos aquí sí son gente buena, algunos sí...



De entre todas las mujeres que reconocen haber sufrido acoso en forma de propuestas sexuales en el desarrollo de su labor como empleadas de hogar, 65% trabajaba como interna.

Sortzen Consultoría, 2014. *Acoso sexual y mujeres migradas en la CAE*

Eider, 35 años.

Lleva seis años en País Vasco donde viven varias de sus primas. Es de Nicaragua y allí vive su familia y sus dos hijos de 13 y 10 años.

Yo en mi país soy maestra de primaria. Cuando me vine era directora de un colegio y estaba muy bien, pero estaba aquí una prima mía y me animó, me dijo que aquí la calidad de vida era mucho mejor, que se ganaba muy bien... que me animara a venir y que mirara si me quedaba o me regresaba pronto, entonces fue cuando decidí viajar. Compré mi billete pero una vez que tenía mi billete comprado decía "es que ya no me quiero ir" pero bueno, ya por fin tomé la decisión y aquí estoy.

Yo allá vivía bien lo que pasa es que el salario es tan bajo que compras lo justo, te tienes que apañar, con un salario tienes que comprar tu comida y todo lo demás de la casa, entonces como que a veces no te llega... Cuando pasa el tiempo te das cuenta de que no sabes si ha sido la decisión correcta o te has equivocado porque se pierden muchas cosas, dejas atrás a tu familia, yo he dejado a mis hijos muy pequeños y ha sido muy duro, tuve un tiempo de sólo llorar, echarles de menos y ganas de volver.

Ahora tengo otras perspectivas: lo principal es trabajar pero he tramitado mis papeles, tengo la tarjeta de residencia y ahora he metido solicitud para la nacionalidad... También he metido el trámite para traer a mis hijos y ver si se adaptan, va a ser un cambio muy fuerte para ellos como lo ha sido para mí, pero voy a ver si lo logro hacer, dependerá de cómo ellos vayan con el día a día porque hay muchos que no se adaptan, hay niños que han venido acá y han tenido que volver a su país porque no se han podido adaptar al estilo de vida acá, que es muy diferente.

Mi prima me explicó de una forma general de qué podía yo trabajar aquí, el trabajo es cuidar niños y personas mayores, claro que pensé que era muy fácil pero no lo es... No pensé en la depresión que me podía entrar estando tan lejos de mi familia; bueno en un principio sí pensé que era muy duro marchar y dejar a mis hijos acá, mi familia y todo... pero una cosa es pensarlo y otra cosa es cuando ya lo estás viviendo.

La verdad que he sido afortunada; he estado trabajando siempre y he llegado a hogares de personas estupendas, me han tratado bien. He conseguido esos trabajos por medio de amistades, me han dicho necesitan una persona y me apuntaba. Yo he tenido siempre el apoyo de los hijos de la familia, no me ha tocado estar sola, cualquier duda o lo que sea siempre han estado a la orden y en el momento en que les he pedido algo respecto al trabajo nunca se han negado, la verdad que he tenido suerte porque ya escucho a otras que andan mal por allí... pero a mí en esta parte me ha ido muy bien.

Donde sí veo diferencias es en la calle, a veces en los bares no te atienden como atienden a los demás personas de aquí, eso sí lo he sentido o sea, noto el trato distinto cuando tu pides algo y pide algo otra persona de acá, lo ven a uno con otro color de piel o lo que sea pero se nota la diferencia, entonces tanto yo como otras amigas seleccionamos los bares para ir a tomar algo, preferimos ir a los sitios latinos porque decimos que es donde nos entienden mejor.

En el metro he visto muchas veces que va una persona de aquí sentada y si se le sienta al lado uno de estos negritos inmediatamente se han cambiado de sitio; también he oído a personas que han dicho que venimos solo a cobrar ayudas, que no trabajamos... al menos estas dos cosas las he visto y escuchado.



Una de cada tres mujeres reconoce que dejaría el empleo o no haría nada si sufriera acoso sexual en su lugar de trabajo.

Sortzen Consultoría, 2014. *Acoso sexual y mujeres migradas en la CAE*

Gladys, 30 años.

Es de Honduras y lleva 18 meses en el País Vasco donde viven también su madre, esposo e hija.

La verdad, la verdad es que yo no quería venir, no quería venir. Pero bueno, ya mi madre tenía casi diez años de estar acá y no conocía a la nieta. La situación allá tampoco es que sea muy buena pero como el país de uno es el país de uno y uno siempre le tiene miedo al cambio, y más cuando no sabe cómo es acá, hay tantas cosas que uno escucha, que si racistas, que si aquí que si allá. Entonces uno dice “¿Para qué voy a llegar allá a que me traten mal si en mi país por lo menos estoy bien? Estoy con mi gente. Estoy con lo que conozco y todo”... Pero al final mi madre me llamó y me dijo que hiciera las maletas que me venía tal fecha, sin opción a decir si quiero o no quiero... Y dije yo “Bueno, ya que ella consiguió todo para llevarnos no le puedo decir que no”. Y así fue: de un día a otro me vine.



Primero vinimos sólo la niña y yo, mi esposo quedaba allá. Y al llegar acá todo era totalmente diferente. Yo me imaginaba que al llegar acá iba a ser así como “Guau, qué bonito España, qué grande”, pero no, no me gustó, la verdad. No es que mi país sea mejor pero este no fue como uno se imagina un gran país, con grandes edificios y así. Y aparte el clima, que vine en verano y hacían 25 grados pero me estaba muriendo de frío, en mi país son 36, 38 y hasta 42 grados, y la niña todo el día diciendo que qué frío, qué frío y qué frío, y todo tapadas...

Pero valió la pena el cambio por la niña. Ella está feliz en su escuela, no le puedo decir que la voy a cambiar de escuela porque se muere, se frustra si le digo que nos mudamos, no quiere porque está encantada con sus amigas, con sus compañeras, y es una alumna excelente. En este aspecto, valió la pena.

Yo vine en julio y en noviembre vino mi esposo. Para él ha sido un cambio exagerado porque no hay trabajo para hombres; para mujeres algo se encuentra aunque sea por horas, pero para él ha sido un gran cambio, de tener un trabajo bueno a no tener nada, y ahora pasar al papel de amo de casa, al mantenido por la mujer... Se invirtieron los papeles, sí, porque yo allá dejé de trabajar cuando tuve a la niña y estuve cuatro años metida en la casa, frustrada, deprimida, de todo, porque no estaba acostumbrada a no hacer nada. Bueno, después de 4 años me acostumbré a estar metida en la casa pero las labores del hogar no son lo mío.

Y al venir acá para mí fue otro cambio porque empecé a trabajar, aunque no sea lo que se gana allá en comparación pero por lo menos hago algo y me siento bien. Pero al verlo a él me siento mal, por el cambio los papeles... Ahora te das cuenta lo duro que es estar metida en la casa, hacerse cargo de la niña, limpiar la casa, arreglar el cuarto, la cama, todo lo demás...

La parte buena es que he conocido a más gente aunque no tengo amigas, amigas como las que tenía en mi país, todas quedaron allá, en realidad todas estamos repartidas porque casi todas han salido de mi país. Una está en México, otra en Italia, otra en Estados Unidos... Todas hemos emigrado, aunque a una la tengo más cerca que a otras... Pero sí, ya he conocido más gente, otras historias, otros casos buenos, malos, pésimos...

Mi esposo sí las ha pasado mal porque él es moreno, negro le dicen aquí. Y él sí ha pasado muchas, muchas cosas; a veces va a entrevistas y lo quedan viendo y le dicen que no, que ya tienen una persona. Yo le digo, para disimular un poco, para consolarlo un poco, “bueno, tal vez es que de verdad ya tenían a otra persona. O sea, no necesariamente es porque sean racistas”, pero no, no, no, no...

Cuando vine yo sabía que no iba a trabajar como lo que trabajé en mi país, que trabajé en un banco y en una empresa de investigación de mercados porque me gradué como técnica de mercadotecnia. Aquí fue un gran cambio, tuve que hacer lo que no me gusta hacer, cuidar a la señora, labores de hogar, gracias a Dios que no me toca cocinar... No quise cuidar niños porque pensé que no tiene sentido ni lógica que yo tenga a mi hija acá y la deje a ella por cuidar a otro niño, por eso dije “De cuidar niños, no”.

Yo conseguí el trabajo por mi mamá pero mi esposo sí puso carteles y lo llamaban mujeres y matrimonios, le decían que si quería hacer un trío le iban a pagar en un día lo que yo podía ganar en dos meses. Yo le decía “mira, si estuvieras soltero hasta yo te diría que lo hicieras porque vas a ganar mucho más de lo que yo estoy ganando, y tal vez hasta te hubieras dado un gusto, pero no, estás casado”. Yo pensaba que si los padres supieran en lo que están estas muchachas, que hasta fotos le mandaban y todo... y eso que él había puesto que buscaba trabajo cuidando personas mayores, en la construcción, que domina el idioma inglés...

Una vez puse yo un cartel, me dije que tal vez me salía algo mejor por las mañanas porque miraba que a él no le salía nada, y puse “llamar en horas comerciales”. Y uno me llama como a las 12 de la noche preguntándome que donde he trabajado y en qué he trabajado y que no sé qué y que no sé cuánto... Yo estaba más dormida que despierta y al final casi ni entendí lo que me dijo, y le colgué. Después me llamaba de un número privado pero yo no le contesté, y ahí estuvo llamando y llamando pero nunca cogí... Y eso que yo ni foto puse.

Cuando vamos los dos juntos, la gente nos queda viendo como que fuéramos una aparición... Yo he conocido a una chica que trabajaba con una señora que le decía mona y gorila, y que la mandaba a subirse a su rama.

Aquí mi esposo ha trabajado y no le han pagado. Luego dicen que nosotros los inmigrantes somos los delincuentes y mira que vienes a trabajar aquí y no te pagan. Me daba una rabia, yo le decía “¿pero no se puede hacer nada?”. No, porque no tenía un contrato... si estás trabajando en algo que se supone que no puedes hacer porque no tienes papeles o porque no tienes un título... ahí ellos se aprovechan.

He escuchado decir que muchos venimos a robar las ayudas o a quitarles a los hombres... Yo digo “bueno pues, deberían de revisar qué están haciendo mal, para que los hombres se fijen en las latinas... algún error están cometiendo, no es culpa nuestra”. Pero eso de las ayudas sí que está increíble. Una vez en el metro un señor le preguntó a una conocida; “Y tú, ¿has solicitado ayuda?” Y ella le contestó “No, gracias a Dios no he tenido necesidad de solicitarla pero el día que la necesite la voy a solicitar”. Y entonces el señor le dice “si es que todos vienen sólo a eso”. Y ella no supo qué contestarle...

Antes soñaba con regresar, pero ahora ya no sueño con regresar. Aún no me acoplo aquí, estoy bien pero no me termina de gustar. O sea, no me gusta, no es el país en donde yo quisiera estar pero bueno, aquí estamos, y ya que estamos aquí pues a echar para adelante, y quiero estudiar algo: italiano, porque es el idioma que me encanta, francés... Y esperando que me cumpla el tiempo reglamentario para pedir mis papeles, tendré que aplicar a otro trabajo porque a mi esposo no le llaman.

Si me dieran a escoger lo que quiero me regresaría para mi país, pero sácame toda la delincuencia que hay allá y me voy para allá encantada, feliz de la vida. Me voy a mi país con el calor, el sol, la playa, la arena... unas hamacas debajo de las palmeras tomando un coco, o qué sé yo... Pero como no está esa opción, pues tengo que adaptarme acá, adaptarme al pan, a la comida, al café... Y cuando pase el tiempo, veremos si ya nos adaptamos... o si cambia algo para mejor, si a mi niña se le puede dejar algo bueno, porque así como estamos ahora no quisiera dejarla acá, si esto va a seguir así o peor no vale la pena quedarse...

De 122 mujeres migradas entrevistadas, 33 señalan que han sido abordadas en la calle por desconocidos para solicitarles servicios sexuales.

Sortzen Consultoría, 2014. *Acoso sexual y mujeres migradas en la CAE*

Realizan:



Agradecemos el apoyo de:

